

concentrar en un segundo período (1996-2000, pp. 149 a 291) una narración sobre lo que pudo parecer una estabilización y un control fuerte, por parte de los EE.UU. de Bill Clinton, de los inesperados problemas de postguerra fría. En este marco, no se encuentran ausentes ninguno de los fenómenos que hoy damos por sentados pero que en su momento no fueron suficientemente valorados: la emergencia de nuevas potencias económicas, al menos en ciernes (China, India, Brasil), el resurgimiento, con nuevos protagonistas, del «Gran juego» por el dominio de Asia Central, destacadamente.

El tercer y cuarto períodos (2001-2006 y 2006-2008, pp. 295 a 450 y 453 a 513) conducen primero a la emergencia de una nueva realidad de terrores cotidianos que hicieron revivir la lógica binaria, aparentemente enterrada con la URSS, pero con el Islam ahora en frente —o el terrorismo islamista según algunas formulaciones más prudentes. El final es una invitación a ubicarse en el caos organizado —lo que el autor moteja de «desequilibrio como orden»— de la constatación de la inexistencia de enfrentamientos realmente binarios (¿existieron realmente alguna vez?), tras el sangriento episodio de Irak, y del hundimiento económico que sucedió a las distintas burbujas financieras y empresariales en general, del que aun hoy no hemos conseguido salir.

Aunque Veiga asegure tener la conciencia cierta de que su trabajo, por presentista en cierto modo, pueda verse pronto superado, quien firma estas páginas no pude dejar de exclamar —visto lo visto en los últimos tiempos— que esa breva no caerá.

Martí Marín Corbera

RICARD VINYES (ed.),

El estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia, Barcelona, RBA, 2009, 637 pp., ISBN 978-84-98675-75-7.

Ha hecho falta reunir en un grueso volumen a una veintena larga de autores con enfoques y perspectivas tan distintos como la antropología cultural, la psicología del trauma, la museología crítica o la más convencional historia de las culturas políticas para reencontrarnos con un sentido común que

venía peligrando. A partir de este libro de nuevo en España se va a poder escribir y fomentar la investigación sobre una dimensión esencial en el conocimiento del pasado sin tener que perder el tiempo armándose de razones acerca de que la memoria es un fenómeno social, incluso en sus manifestaciones individuales, y que las pautas de memoria instituidas, que afectan intensa y decisivamente a la calidad de la vida comunitaria en un mundo de ciudadanos, cambian dependiendo de los contextos históricos. Que no son, por tanto, susceptibles de abordajes simplistas, unidireccionales ni unidimensionales, y que su condición es la de fenómenos abiertos, radicalmente históricos.

Como mínimo los textos recogidos en *El estado y la memoria* avalan sobradamente la idea de que, así como no hay condición antropológica ciudadana sin memoria(s), tampoco hay estados nacionales modernos ajenos a alguna pauta singular de recuerdo, esa «buena memoria» oficial que Ricard Vinyes somete a escrutinio en el ensayo con el que contribuye al libro que también edita. El alcance del esfuerzo va sin embargo bastante más allá, desborda la calificación convencional de libro que abre «nuevas perspectivas» o pone de largo todo «un tema»: aquí lo que se está delineando son los contornos de toda una disciplina cargada de futuro, la del estudio de las manifestaciones de la memoria como nexo espacio-temporal y macro-micro de la identidad y el reconocimiento en la era del paradigma de los derechos humanos. Es por tanto de esperar que se convierta en objeto de investigación de primera fila para todos los interesados en el mejor conocimiento del pasado reciente, incluidos los historiadores profesionales españoles.

No es, sin embargo un libro de historia o prioritariamente para historiadores, aunque sus páginas están llenas de narraciones e interpretaciones acerca del pasado reciente; tampoco trata sobre el tópico de las relaciones entre historia y memoria. Lo que ofrece son otras cosas. Entre ellas, útiles definiciones relativas a las dimensiones jurídicas que acompañan el universo de la justicia transicional (en el artículo de Elizabeth Lira K.); asimismo reflexiones acerca de experiencias relacionadas con la movilización social contra la impunidad (a

cargo de Isabel Piper); descripciones de dinámicas culturales, sociales y políticas en torno de controversias por el despliegue de políticas de memoria; muy especialmente, la economía y sociología políticas que rodean la creación de «lugares de la memoria» (Beatriz Sarlo, Conxita Mir), así como la construcción identitaria de la víctima.

El título se queda por ello corto para lo que es una ambición claramente mayor; aparece en ese sentido lastrado por una identificación un tanto deudora del lenguaje político del siglo XX: la que equipara el estado con lo público y viceversa. En realidad, si hacemos caso a las perspectivas y propuestas de este volumen, especialmente las que proceden de autores y experiencias de América Latina, la memoria sólo puede ser adecuadamente analizada como hecho social inserta en procesos que hoy se suelen etiquetar como de gobernanza, pues en ella además de los gobiernos, administraciones y poderes estatales, necesariamente intervienen sujetos individuales y colectivos de diversa índole, desde organizaciones sociales y políticas a autores de ficción y otros formadores de opinión, pasando por líderes políticos y sensibilidades y opiniones públicas cambiantes. La ausencia o debilidad de algunos éstos en determinados procesos o contextos nacionales ha de ser vista no como una refutación de este enfoque elemental o como una anomalía sino como oportunidad para profundizar en el conocimiento de las relaciones entre memoria, olvido y acción colectiva ciudadana, pues siempre que hay ciudadanos hay cristalización social de memoria(s), siendo lo que oscila el grado de expresividad y reconocimiento institucional que ésta(s) alcanza(n).

Las pugnas por definir el significado y el estatus político-social y académico-cultural de la memoria en distintas sociedades civiles, así como las consecuencias y efectos institucionales de los regímenes de memoria establecidos son el centro de atención de esta emergente área de conocimiento. A este nivel el espectro de casos del libro es amplio, incluyendo experiencias de países como Polonia, cuyo museo de Memoria Nacional es analizado por Carla Tonini, si bien en general los enfoques internacionales se ciñen a países culturalmente cercanos de Europa occidental y América Latina.

Quedan en ese sentido por explorar comparativamente los marcados contrastes entre Europa del Este y el otro lado del Atlántico en materia de polémicas por el pasado y sus traumas.

El libro deja entrever que se ha ideado y recopilado en un contexto particular a escala nacional y más específicamente de Cataluña, a partir del cual Ricard Vinyes se ha sentido movido a establecer fructíferos puentes, más que con colegas cercanos de oficio, con toda una constelación de autores dedicados desde diversos ámbitos a unos temas intersectados. El editor entra por tanto con pleno derecho en la categoría de lo que Elizabeth Jelin define en su clarificador texto como «emprendedores de la memoria», sujetos implicados activamente en esas luchas por la definición y las políticas públicas acerca del pasado traumático (pp. 123-125). Desde que surgió una movilización por la «recuperación de la memoria», en España algunos de estos emprendedores procedentes del mundo académico han tenido en cambio un comportamiento bien distinto, dedicándose a tratar de clausurar el asunto en lugar de promover su conocimiento. Algunos de los más destacados entre ellos son paradójicamente historiadores profesionales -más bien legos en las sutilezas y rigores de la reflexión teórica sobre la memoria- autoerigidos en formadores de opinión. El subtítulo de la obra parece en este sentido una velada confesión, pues aunque de donde arrancan los traumas de hoy es del pasado, en España a éstos parece que hay que sumar otros específicos procedentes de (algunos de) quienes se dedican a «la historia».

La sombra de esa irresponsable actitud deontológica marca algunas de las contribuciones a cargo de autores españoles, que a veces entran al trapo de polémicas presentadas como historiográficas cuando no lo son. Ello resalta una diferencia de estilo con sus colegas latinoamericanos. En general, éstos últimos abordan sus temas desde perspectivas teóricamente más razonadas y sociológicamente más amplias. La percepción que exhiben de los problemas es tal vez por ello más abierta, no se ciñe a marcos habituales de sus disciplinas de referencia. Los trabajos de los autores europeos en general están cortados en cambio por un patrón de enfoque más al uso. Es el caso del seguimiento

que ofrece Filippo Focardi de las tribulaciones del imaginario antifascista en la Italia posbélica, que se circunscribe a las posturas y debates de las posiciones partidistas y los intelectuales más destacados, o la síntesis de Patricia Dogliani sobre la memoria sobre la Segunda Guerra Mundial.

Estas diferencias de enfoque revelan en buena medida la diferente posición que la memoria posee en distintas culturas democráticas europeas y latinoamericanas, lo cual influye en el tipo de sensibilidad y el grado de implicación que los expertos muestran hacia el asunto. Con todo, hay también en el volumen pequeñas joyas de interdisciplinariedad a cargo de autores españoles, como la reflexión en clave cívica sobre la dimensión de la memoria como patrimonio, de Montserrat Iniesta, o europeos, como el interesante ensayo de Régine Robin quien, para mostrar el viraje en la cultura alemana de la culpabilidad a la victimización en relación con el período nazi, decide usar como fuente el género que desde la estética más define el signo de unos tiempos —la literatura de ficción— en lugar de ceñirse a la historiografía. El trabajo de Ana Miñarro y Teresa Morando es por su parte totalmente innovador en la manera de utilizar la psicología del trauma para estudiar y clasificar casos concretos de recuerdo sobre la Guerra Civil española.

Otras diferencias entre los textos revelan empero posturas epistemológicas no del todo compatibles. Así, entre los autores latinoamericanos hay un manifiesto acuerdo sobre la capacidad que la memoria posee de contribuir a la toma de distancia crítica respecto de las convenciones ideológicas del presente; en cambio entre los autores españoles y en general europeos se percibe una cierta reticencia hacia el estatus de la memoria como fuente de conocimiento. Es el caso del artículo de Jordi Font, quien tras vincular el creciente interés por la memoria con la pérdida del «sentido histórico» entre las culturas occidentales, no sólo cuestiona la relación entre testimonio y verdad —dominante en las culturas de la memoria latinoamericanas— sino que aboga por llenar de historia la memoria (p. 381), como si la primera poseyera un método fiable de conocimiento. El enfoque abierto de Doménech sobre la debilidad de la memoria

en la España actual permite en cambio anticipar puentes más seguros con las tendencias del otro lado del océano.

«Cuanto más incierto es el futuro más se reivindicán las memorias» (p. 549). La afirmación que abre el artículo de Jean-Claude Duclos sobre la trayectoria de los museos de la resistencia antifascista en Francia sintetiza esa manera deferente de hablar de la memoria que se ha instalado entre los expertos europeos. Vista desde las aportaciones sobre Chile o Argentina en este mismo libro, la conexión resulta no obstante cuestionable: más bien lo que sucede es que cuanto más incierto es el futuro, más acuciante se vuelve para muchos ciudadanos —incluidos los expertos— la necesidad de construir imágenes ontológicas acerca de sí mismos, sus valores o sus supuestos enemigos, y ello es algo perfectamente independiente de si con esas imágenes se elaboran relatos memorísticos o narrativas históricas académicas. En España la confusión ha calado no obstante hondo en el gremio de los historiadores, en general poco sensibles al valor de la contingencia, siendo algo que debiera justamente presidir sus enfoques. Se cuela incluso en contribuciones relevantes como la de Pere Ysàs quien, con la sana intención de rebatir a «negacionistas» como Fernando del Rey —que es de la opinión de que muchos sectores de la izquierda española de los años 30 no sostenían valores democráticos— identifica enfáticamente la cultura del antifranquismo con la democracia. Lo que falta a su ensayo es dejar asimismo claro que también la democracia es un concepto histórico, de manera que es razonable pensar que cuando los exiliados y opositores al régimen de Franco hablaban de democracia, no estaban imaginando «esta» democracia española de comienzos del siglo XXI, ni tampoco «la» democracia como si de una norma ahistórica se tratase.

Por otro lado, lo que interesa a «emprendedores de la memoria» como Jellin, Sarlo o Piper es el sujeto o los sujetos de la memoria en un sentido que no discrimina de antemano entre pautas y matrices de la memoria, pudiéndose hacer así cargo también de quienes fueron aquiescentes con las autoridades que impusieron violaciones de derechos humanos en sus países. En cambio en

España una situación como la que ha dado lugar a la Ley de Memoria Histórica tiene su correlato en proyectos como el «memorial democrático de Cataluña», abordado en el trabajo de Jordi Guixé. La idea de un memorial democrático puede resultar polémica políticamente en la medida en que margina o deja fuera de su ámbito los recuerdos de quienes no logren reconocimiento como sustentadores de memorias «prodemocráticas» bajo dictadura. Pero es sobre todo epistemológicamente débil porque parece asumir que puede haber existido algo así como un sujeto autodeterminado perfectamente democrático, una especie de ente ontológicamente cívico que sólo reclama ser rehabilitado a través del registro de su me-

moria. Lo que la perspectiva del otro lado del Atlántico sostiene, en cambio, con rigor es que el estudio de la memoria debe servir ante todo para hacer más comprensible que los sujetos se construyen históricamente, de manera que bajo una dictadura lo habitual no es nacer demócrata sino experimentar un proceso complejo de toma de conciencia que, además de habitualmente sinuoso y lleno de «zonas grises», encuentra necesariamente límites a su plena realización (algo que por cierto también sucede a menudo bajo una democracia). Cómo registrar esa memoria en construcción en un archivo de recuerdos es en todo caso una cuestión que merece la pena discutir a partir de una obra que, como ésta, nos libra de mucha osada ignorancia.

Pablo Sánchez León

I PREMIO DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA JAVIER TUSELL

La Junta Directiva de la Asociación de Historiadores del Presente ha decidido convocar un premio de investigadores noveles dedicado a la memoria del profesor Javier Tusell.

1. Podrán participar en el concurso, investigadores en Historia Contemporánea que estén realizando su tesis doctoral o que la hayan ya presentado durante los últimos cinco años, contados desde la fecha del cierre de la convocatoria. Se deberá acreditar la inscripción de la tesis o la certificación de su defensa.
2. Los artículos de investigación deberán ser originales e inéditos sobre cualquier aspecto de la Historia de España del siglo XX, con especial atención a la historia política y de las relaciones internacionales.
3. La extensión de los trabajos no podrá exceder las 8.000 palabras, incluyendo notas y cualquier anexo.
4. Los textos deberán enviarse en papel (tres copias) sin identificación, junto a un sobre cerrado en que el autor presente un breve curriculum vitae y acredite la condición de investigador novel según lo establecido en el punto primero. Se dirigirán a la Asociación de Historiadores del Presente (UNED, Senda del rey 7, 28040 Madrid).
5. El Jurado será nombrado por la Junta directiva de la Asociación.
6. El Premio está dotado con 1.000 euros. Podrá concederse un accésit y, en su caso, declararse desierto.
7. El artículo premiado y, en su caso, el accésit serán publicados en la revista Historia del Presente en el año posterior al de la convocatoria.
8. El plazo de presentación de originales termina el 30 de noviembre de 2010.

Madrid, mayo de 2010